

DÜLMEN, Richard Van (2016)

El descubrimiento del individuo 1500-1800

Traducción de Jesús Alborés

Madrid: Siglo XXI de España Editores, 174 p.

ISBN 978-84-323-1790-3

En 1855, un periodista estadounidense de aspecto anodino publicó su primer poemario, *Leaves of Grass*, que pasaría a ser la obra de su vida. En el más largo de sus poemas —*Song of Myself*—, este neoyorkino situó en el centro de sus versos al individuo y a su conciencia, definidos como un auténtico *cosmos*. A medida que su libro era ampliado con cada edición y que las canas empezaron a llenar su barba, Walter Whitman, Jr., una persona cualquiera en la que convergía el universo entero, empezó a convertirse en el universal *Walt*. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, Whitman retrató el triunfo del individuo, capaz de liberar al verso de la rígida métrica occidental y de albergar un mundo entero en su interior; esta imagen supone, quizás, la cristalización más perfecta del proceso de individualización, que sentaría las bases de la cosmovisión occidental contemporánea, sustituyendo al colectivismo de la sociedad medieval. A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, la erosión de esta mentalidad permitiría el desarrollo y la proliferación de una «conciencia individual», que se consolidaría con el inicio de la filtración del pensamiento ilustrado en la sociedad europea, ya a las puertas del siglo XIX. A pesar de que, tradicionalmente, este proceso ha sido considerado como uno de los factores centrales en el camino hacia la modernidad, los estudios en profundidad sobre el nacimiento de la individualidad han sido escasos. Este es el vacío que Richard Van Dülmen (1937-2004) intentó cubrir con *El descubrimiento del individuo 1500-1800*, publicado en castellano casi veinte años después de su primera edición en alemán.

En su obra, Van Dülmen es capaz de plasmar la densidad de la intrincada red

de cambios que quedan englobados dentro del concepto de *individualización*, así como sus manifestaciones culturales y sus complejas relaciones con las instituciones, ya sean de la Iglesia o del Estado moderno en expansión. Para abarcar un fenómeno tan poliédrico, Van Dülmen se sirve de un amplísimo despliegue bibliográfico, que le permite no solamente limitarse a su especialidad, la antropología histórica, sino también entrar en el campo de la historia de las mentalidades, de la crítica literaria o en el estudio de la Iglesia y del derecho moderno. Gracias a este *tour de force* intelectual, el autor intenta superar las pocas explicaciones anteriores del proceso de individualización, que considera simplistas. Los precedentes historiográficos que cita se limitan a las tesis de Jacob Burckhardt (1818-1897) y a las de Ernst Troeltsch (1865-1923), dos autores cuyas fechas de nacimiento son significativamente distantes de la publicación original de *El descubrimiento del individuo*. Van Dülmen rechaza los planteamientos de Burckhardt, que atribuyen en su totalidad el desarrollo de la individualidad moderna al efecto del Renacimiento. Ya en 1913, esta idea había sido tildada de reduccionista por Troeltsch, quien también dio valor a las aportaciones de «la Antigüedad Tardía y el cristianismo» (p. 17). La base de la crítica de Troeltsch, uno de los pilares sobre los que Van Dülmen sustenta su obra, ha seguido vigente durante todo un siglo, pero en cerca de ochenta años no se había elaborado ningún estudio completo y coherente que tratara de profundizar en ella, menos aún teniendo en cuenta aspectos como la fuerte diversidad territorial y social del proceso, que se extendió por vastos sectores de la población, no limitándose a la pujante burguesía

o a la aristocracia dominante. Para superar este vacío, el autor —especializado en antropología histórica y en historia de las mentalidades— intenta dar una visión más amplia del fenómeno, que presenta como algo más que el triunfo de una simple idea.

Sin remontarse tan atrás en el tiempo como Troeltsch, Van Dülmen propone una cronología (entre los siglos XVI, XVII y XVIII) necesariamente poco concreta para poder enmarcar un proceso tan difícil de delimitar por su enorme amplitud, duración y, sobre todo, complejidad. Según su planteamiento, el inicio de la individualización moderna estaría vinculado al progresivo debilitamiento de las estructuras sociales feudales, explicado a través de cuatro grandes factores: la fragmentación del cristianismo y la aparición de ramas más subjetivistas, como la de los puritanos; el aumento del poder del Estado; el establecimiento de los primeros derechos individuales, y, por último, la extensión de la educación y la gradual reducción del analfabetismo. Asimismo, Van Dülmen sitúa en el otro extremo de la cronología a la Ilustración, que, con la secularización del Estado y la libertad de pensamiento por bandera, consiguió extender la reflexión y la acción individual a lo largo de una Europa dominada por el absolutismo. Esta consecuencia resulta especialmente clara a partir del triunfo de la Revolución Francesa: heredera de las ideas ilustradas, dejaría en herencia su Declaración de derechos de 1789 y una fuerte tendencia democratizadora que cambiaría la cara de la *vieja* Europa.

En el primer capítulo, Van Dülmen comienza su análisis reafirmando que en el siglo XVI se encendió la chispa del cambio, pero descarta a la vez que —como defendía Burckhardt— esto se debiera solo al efecto del Renacimiento y del humanismo. Aparte de estas corrientes, que generaron un interés profano en el individuo, Van Dülmen también se plantea la existencia de una anterior «individualidad religiosa» medieval, propiciada por la introspección,

el recogimiento y la meditación, actividades vinculadas a la vida monástica. Eliminando la mediación de los sacerdotes entre Dios y los fieles, la Reforma posibilitó que este tipo de ejercicios intelectuales se extendieran por toda la sociedad y que se permitiera el debate en torno a una infinitud de interpretaciones personales de la Biblia. No obstante, el tipo de identidad propia que se estaba creando con el protestantismo estaba basado en la relación de proximidad entre el hombre y Dios.

La secularización de este proceso, según el autor, fue favorecida por el aumento del control de la población: aunque pueda parecer una contradicción, las conciencias modernas fueron configuradas por instituciones que intentaban garantizar la continuación de las tradiciones y la integración de las personas en los sistemas sociales. Progresivamente, este tipo de mensajes fueron adoptando una mayor atención hacia el individuo, hecho visible en la evolución de los sistemas penales, en la creciente regularización de la enseñanza y en los mecanismos de contacto entre la Iglesia y sus adeptos, ya fuera a través de la confesión de los pecados en el catolicismo o, en el mundo protestante, de las catequesis y los sermones.

En los capítulos centrales del libro, Van Dülmen rastrea los rasgos que apuntan al desarrollo de la individualización en abundantes manifestaciones escritas de la época (cartas, diarios o autobiografías) y en las ciencias nacidas —o mejoradas— a partir del siglo XVI, como es el caso de la fisonomía, la antropología, la psicología o la anatomía. Estas disciplinas también favorecerían la reflexión sobre uno mismo y sobre la naturaleza humana, dando lugar a una serie de cambios radicales de la sociedad que dejarían atrás las rígidas estructuras sociales medievales, trasladando el foco de atención a la búsqueda del propio interés. Las modificaciones más notables afectaron a la concepción del matrimonio y de la familia (se pasaría a hacer más vida en casa y a aumentar los esfuerzos puestos

en la educación de los hijos) y llevaron a la disminución de la asistencia a misa, a que la escritura se convirtiera en un aspecto del día a día y, por último, a la filtración en la sociedad de las ideas vinculadas al individualismo, entendido como una posición política, filosófica y económica.

El último capítulo se centra en la Ilustración, presentada como el motor principal de una reforma burguesa de las mentalidades que, con la razón como bandera, avanzaba al margen del poder del absolutismo y de la Iglesia. A través del ejemplo de las novelas del siglo XVIII, en que la subjetividad es la protagonista, Van Dülmen sugiere que es a partir del Siglo de las Luces cuando se llega a consumir la individualidad moderna en el Viejo Mundo.

Para poder abordar una problemática tan amplia, el despliegue bibliográfico en el que se apoya Van Dülmen es muy variado. Aunque el libro no saque a relucir demasiadas fuentes secundarias (estas se limitan, prácticamente, a trabajos como los de Burckhardt o Troeltsch), sí que se nutre de una gran cantidad de fuentes primarias, que van desde grandes clásicos de la filosofía o de la novela moderna hasta documentos judiciales o eclesiásticos poco trabajados por los historiadores. Dentro de las obras citadas, encontramos una gran variedad de géneros: autobiografías, con nombres como los de Benvenuto Cellini, Rousseau o Goethe; diarios personales, poco trabajados por la historiografía fuera de las grandes personalidades; novelas, entre las que destacan el *Tristram Shandy* de Sterne o *Wilhelm Meister* y *Las penas del joven Werther* de Goethe; ensayos más filosóficos, como los de Montaigne, Hobbes, Locke o Adam Smith, y, en último lugar, la cada vez más habitual correspondencia, tanto la de carácter intelectual como la más cotidiana y personal. Además, Van Dülmen también entra en el campo de la historia del arte y plantea una interpretación de los autorretratos de Dürero, presentándolos como un producto del desarrollo de la propia conciencia del pintor.

Estas fuentes, debido al renombre de buena parte de sus autores, ya habían sido profundamente trabajadas con anterioridad. La innovación de esta obra en concreto radica en la recopilación de testimonios de las clases bajas analfabetas, incapaces de dejar constancia escrita de su existencia individual: para cubrir este sector, constituido por la mayoría de la población de la época, se presentan documentos eclesiásticos, como las actas de visitas pastorales, y judiciales, sobre todo actas de interrogatorios y reconstrucciones judiciales de crímenes. En buena parte de los casos, estas fuentes primarias no han sido estudiadas en detalle, dificultando así la comprensión de la evolución de la individualidad en el pueblo raso.

Gracias al uso de estos recursos, *El descubrimiento del individuo* supera con solvencia los retos que se plantea su autor. En esta obra, el proceso de individualización queda representado en toda su extensión social, compaginando de una manera muy precisa ámbitos radicalmente distintos: por ejemplo, Van Dülmen consigue narrar el juicio por herejía que llevó a la hoguera al molinero Menocchio —una historia que, de no haber sido por las investigaciones de Ginzburg, probablemente hubiera quedado sepultada bajo cuatro siglos de historia en el archivo de Udine— para, en la página siguiente, pasar a reflexionar sobre la obra pictórica del celeberrimo Dürero (p. 35-36). Por otro lado, el tratamiento de las fuentes no solamente es transversal a nivel social, sino que también lo es a nivel disciplinar, algo necesario teniendo en cuenta la amplia naturaleza del proceso de individualización. Por esta razón, embarcarse en una investigación histórica así implica también la entrada en otros campos del conocimiento, como es el caso de la teología, la antropología o la historia de la filosofía.

Con tantos enfoques interdisciplinares que atender y con una bibliografía tan variada y voluminosa, el autor saca a relucir una fuerte capacidad de síntesis y de rela-

cionar conceptos que consigue dar unidad y equilibrio a una obra que, en el ámbito temático, es sumamente heterogénea; de esta manera, consigue dejar atrás a la mayoría de trabajos anteriores en el campo de la historia de la individualidad, casi siempre centrados en personajes o aspectos sociales específicos.

No obstante, los planteamientos del libro se restringen a un marco territorial muy concreto (Francia, Gran Bretaña y partes de Europa central), sin tampoco remarcar las características específicas del avance de la individualización en cada área. El único factor diferencial que se enfatiza es el de la fragmentación del cristianismo: Van Dülmen, formado en teología, compara constantemente las disparidades entre la Europa católica y la protestante, aunque obvia los territorios de confesión ortodoxa y los de influencia otomana, bajo el islam.

Aun así, la principal crítica a esta obra apuntaría a su eurocentrismo. Aunque pue-

da ayudar a acotar su estudio, este tipo de enfoques excluyen al resto de sociedades del globo, algo que se convierte en negativo cuando se pretende abordar un tema tan *humano*; esto se vuelve especialmente grave por el hecho de mostrar el proceso de individualización de una manera tan positiva, como una suerte de progreso respecto al colectivismo medieval.

En definitiva, se trata de un estudio que ha abierto una ventana, pero que sin duda no ha explorado todas sus posibilidades (sobre todo, en el ámbito de su extensión territorial). De todos modos, el esfuerzo de Van Dülmen tuvo un resultado excepcional: logró comprimir en un escueto volumen el largo proceso que convertiría al hombre en un individuo con su propia conciencia, con su *cosmos* privado. Y es que el análisis de este fenómeno histórico, así como la lectura de la poesía de Whitman, nos lleva a interrogar directamente a los cimientos de lo que es la humanidad hoy en día.

Albert Gil Gil

Universitat Autònoma de Barcelona
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/manuscripts.185>

